

ACTORES CON OFICIO

José Gabriel L. Antuñano

Una vez concluido su libro *Tan lejos, tan cerca*, tan injusto y gratuitamente hiriente por el sesgo de muchos de los acontecimientos contados, enfocados sólo desde la perspectiva del escritor de unas memorias en exceso noveladas, era de esperar el retorno de Adolfo Marsillach a los escenarios, a pesar de su enfermedad, que también fue noticia, mientras duró la rueda de las presentaciones. Al poco, en efecto, la prensa informó de un proyecto suyo, que supondría el regreso a la escena en la vertiente de actor, acompañado de Núria Espert, con el drama de Edward Albee *¿Quién teme a Virginia Woolf?* La imposibilidad de contar con Lluís Pasqual como director, y el apremio por estrenar en la primavera de 1999, abocó al propio Marsillach a dirigir el montaje. Con anterioridad, según me parece, este drama de Albee se había representado dos veces en Madrid, una en 1966 y otra en 1971. Casi treinta años después la recupera Adolfo Marsillach.

Después de *Historia del zoo* (1959) y *El sueño americano* (1961), unas piezas breves e intensas que catapultaron a la fama a Edward Albee, y de la decepción de dos piezas cortas, estrenadas entre ambas, *The sandbox* y *La muerte de Bessie Smith*, este autor estrenó el primer drama largo, *¿Quién teme a Virginia Woolf?* (1962). Esta obra tuvo una acogida desigual entre el público neoyorquino, aunque alcanzó un buen número de representaciones; por contra, no respondió a las expectativas que la crítica había depositado en él, y fue calificado por algún crítico americano como un «kitsch intelectualizado».

No obstante, la película protagonizada por Elizabeth Taylor y Richard Burton, dirigida por Mike Nichols y estrenada en 1966, rescató esta obra. Las virtudes de la adaptación cinematográfica fueron dos: respetar el texto del dramaturgo y, sobre todo, acortar la duración de la pieza, eliminando algunos pasajes superfluos que sobraban. A estos hallazgos del guionista, Ernest Lehman, se sumó una interpretación antológica de los dos actores mencionados. El éxito de taquilla y su proyección mundial situó este drama en un nivel de popularidad superior a otras obras mejores de Albee.

¿Quién teme a Virginia Woolf? cuenta las violentas disputas entre Martha y George en presencia de un joven matrimonio, formado por Nick, un profesor colega de universidad de George, y Honey, su joven esposa. El clima, conforme caen las horas de la noche y las botellas de whisky, se adensa y las discusiones se agrían hasta buscar el daño moral del contrincante dialéctico. Martha echa en cara a su marido su apatía y el fracaso vital y profesional, porque pese a ser el yerno del rector de la universidad no ha conseguido salir de la mediocridad; George acusa a su mujer de adicción a la bebida y le recuerda repetidas veces que ella le sobrepasa la edad en bastantes años.

En el drama de Albee resulta interesante, por encima del duelo dialéctico, la cuestión sentimental y sexual: el matrimonio no ha tenido hijos e inventan uno que se ha marchado de

casa. A pesar de este autoengaño, que como la bebida es un lenitivo, se palpa la insatisfacción de Martha, como también se sobrentienden las culpas que Martha le atribuye a su marido por no haber concebido. En este contexto, a mi modo de ver, necesitan entenderse dos episodios de *¿Quién teme a Virginia Woolf?*: el primero, el de la seducción de Martha al joven profesor en presencia humillante de su marido, aunque el resultado no puede ser más desalentador; equiparable, por la impotencia de Nick, a las habituales relaciones con George; el segundo arranca de la falta de atracción que Honey ejerce sobre George. Este marco de frustración potencia el conflicto y agrava la venganza de George al desvelar el secreto del hijo imaginario en presencia de los invitados.

En *¿Quién teme a Virginia Woolf?* cobran mucha importancia los personajes secundarios, puesto que pasan de una actitud pasiva, de espectadores de las trifulcas sin cuento adobadas por el alcohol, a un primer plano al ser los causantes de forma progresiva de la tragedia; pero este desencadenamiento no es consecuencia de un artificio o un recurso teatral del autor, sino que se produce por el creciente protagonismo de Honey y Nick, consecuencia de perfilar sus caracteres en el transcurso de la acción dramática. El halo de triunfo y el físico atractivo que acompañan a Nick, y el de belleza y atractivo, deducido del libreto, que sigue a Honey no son meros adornos.

La versión y la dramaturgia están realizadas en función de los intérpretes y presenta algunos problemas: de una parte, suprime —por razones de los protagonistas escogidos, Marsillach y Espert— el conflicto que provoca la diferencia de edad en los componentes del matrimonio, y escamotea este importante tema dentro de la estructura de la obra; también la edad de los dos intérpretes principales sobrepasa la de los personajes, y el drama pierde un algo de verdad por esta cuestión. De otra, la versión no actúa sobre las farragosas discusiones y diálogos superfluos, planteados por Albee, como lo hizo Lehman en la versión cinematográfica. Así, en la versión de Marsillach ocurre lo mismo que con el texto de Albee: la hojarasca verbal oculta el tema principal.

Por otro lado, el tiempo ha dejado su huella en *¿Quién teme a Virginia Woolf?*: las agrias disputas, los insultos y las humillaciones hoy sorprenden menos, pues el cine y el teatro han acostumbrado a este tipo de temas y de tonos. También se echa en falta el escaso relieve que en la puesta en escena se concede a Nick y Honey, en el sentido que se ha apuntado líneas arriba, y parece excesivo hacer depender toda la acción dramática del protagonismo de Martha y George. El resultado, a causa de estos inconvenientes, es que el drama, ya de por sí largo y reiterativo, se aplana más de lo debido.

Sin embargo, *¿Quién teme a Virginia Woolf?* ofrece muchas posibilidades a los cuatro actores, puesto que cada personaje posee unos rasgos bien definidos que configuran fuertes personalidades y capacidad por sus aristas para provocar el conflicto y, en consecuencia, oportunidades para transmitir emoción por la fuerza y tensión dramática. Pero para sacar partido de este drama, se necesita profundizar psicológicamente en cada personaje y aquí el trabajo resulta excesivamente externo, con actitudes estereotipadas en algunos momentos, donde situaciones teatralmente complicadas se solventan con el oficio y la experiencia de los intérpretes que están sobre el escenario. También cabría exigir a actores de la categoría de Espert o Marsillach, Pep Munné o Marta Fernández-Muro, una interpretación sin clichés, tonillos o poses donde se reconoce más al actor que al personaje.

Adolfo Marsillach, director, conocía la dificultad de actuar y dirigirse a un tiempo, y ha intentado resolverla con la grabación de los ensayos en vídeo, pero el resultado no ha sido el esperado. Además de echarse en falta el trabajo dramático antes mencionado, no parece que se hayan trabajado otros aspectos tales como el referido a la unificación de los estilos interpretativos —la pareja central actúa con diferentes registros— o a la capacidad para marcar y modular las situaciones según su importancia, para que el desarrollo de la acción dramática no resulte monocorde, o bien el disponer de las acciones físicas necesarias para que aquellos actores que no intervengan directamente en la escena a través de los parlamentos estén significativamente situados sobre el escenario. En definitiva, *¿Quién teme a Virginia Wolf?* cumple por el decoro y el oficio de los intérpretes, pero en el regreso de este drama a los escenarios españoles se hubiera agradecido algo más que la corrección y el aplauso del público de siempre.